

# MAPA CALLEJERO

Crónicas sobre lo gay desde América latina

Selección y prólogo de  
José Quiroga



ETERNA CADÊNCIA  
EDITORA

## PRÓLOGO

### La calle es siempre sucia

Estoy en El Cairo y me sirven un té de menta. Viajo a La Habana y me siento en un café. Visito un baño público de una estación de trenes en Buenos Aires, y en Nueva York salgo a pasear con una enorme peluca morada mientras voy de local en local buscando un cine porno que alguien me dijo y que apareció en una guía, o en un *chat room*, o en un texto de Reinaldo Arenas. En la parte de atrás de un colectivo nos tomamos de las manos, para que nadie nos vea. Regresamos de la playa, y se te marca la erección en la trusa porque el del asiento de al lado te la enseña solo a ti, aunque su novia está en el asiento de adelante. En el bar tomamos muchas cervezas y vamos al baño todo el tiempo. Vamos para consumir y para mirar. De noche, en una plaza frente al hotel, voy al pasado y al presente. Divago después del sexo en los descampados, o después de haberlos encontrado vacíos –no todas las noches deparan sorpresas. Desde París, recuerdo Egipto. ¿Estoy en El Cairo? Tal vez el cine porno estuvo en el pasado, y ya no está. Lo han convertido en un museo. O lo han derribado para hacer un condominio. O pervive solamente en

un cuento que circula entre homosexuales, de una generación a otra. Sí, a las locas nos gusta el fetiche. Aunque los baños públicos, dice Salvador Novo, son “la institución más desagradable de la edad moderna”.

Los maricones, patos, pájaros y bugarrones que aparecen en esta antología están marcados por una existencia callejera, un merodeo, una curiosidad. La crónica comunica la calle, y la calle es la red que oxigena todos estos textos. José Lezama Lima se sube a un ómnibus como lo pudo haber hecho Enrique Gómez Carrillo: se camina o se toma el transporte público, pero siempre el tiempo, en el ahora de la página, se convierte en objeto. Perlongher ordena sus observaciones sobre el fluir de la calle paulista, y nos distancia y nos acerca a la historia de unas calles, de unas complicidades y de un exceso. Sarmiento relata en la historia de sus viajes el cuento de una isla en la que solo viven hombres. Rafael Arévalo Martínez nos lleva a conocer al señor Aretal, que no es otro sino Porfirio Barba-Jacob, y el crítico chileno Alone contempla esos cuerpos de “jinetes” en la alberca, o mira a los otros en el sauna como forma de mirarse a sí mismo. Hasta cuando se escribe sobre una tina de baño, como lo hace aquí Salvador Novo, se está en la calle –detrás del objeto encontrado, en la suela de esa zapatilla que se pierde en un sauna, está la calle.

### **La loca siempre fue cronista rara**

La vida gay se vuelca en el chisme y la crónica como forma de transmitir sus saberes –el saber sacro y el profano, el sublime y el pedestre, el cursi: los saberes del calendario largo y del efímero. Detenidos en un texto,

como en esa fabulosa “estatua de sal” en la que Novo reunió sus memorias, en estos escritos salimos de las órbitas más inmediatas, las más definidas y canonizadas, para contemplar otro paisaje. Los raros homosexuales son los responsables de que arda la ciudad. Seres errantes incorporan voraz, canibalísticamente paisajes y formas de habitar, costumbres y modas. Y muchas veces se las inventan: aquí no estamos frente a la crónica como “un cuento que es verdad” porque la crónica puede no estar escrita en el presente, puede ser puro cuento, puro decir o mal-decir.

Es importante insistir en esto, en esta definición –digamos, minoritaria– de la crónica, frente a todo el enramado económico que la rodea en el presente, implacablemente definida como “periodismo narrativo”, como “realidad dura”, como estudio plenamente sociológico o recuento antropológico. Apuestan por la crónica de ahora revistas como *Gatopardo*, *Letras Libres*, *El Malpensante*, *Rolling Stone*, *The Clinic*, *Marcapasos*, o *SoHo*. Las grandes editoriales, como Planeta (a través del sello Seix Barral), lanzan premios de crónica, al igual que la fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano. Por todas partes se multiplican blogs, se habla de las escrituras del yo, se dice que la ficción está vencida, y que el público quiere la verdad, quiere periodismo investigativo, quiere verse reflejado en una nueva realidad que desenmascara, desnuda la ficción, que hace estallar (*yet again*) el realismo mágico como forma de captar la realidad latinoamericana. Del reino de la ficción, pasando por los estudios culturales, una nueva sociología en primera persona, participativa en muchos casos, ha reclamado su lugar.

La ciudad es el escenario privilegiado de la nueva crónica latinoamericana, como lo fue Macondo para las

mariposas o la ascensión de Remedios la Bella. La ciudad, se dice, se ha vuelto extraña, y los procesos que en ella suceden son ajenos al gran público, que se asoma a la ventana de la crónica para ver, para entender, la calle. En este presente (¿acaso se trata de un solo presente?) la crónica se autoriza como género preferido de un latinoamericanismo “duro” que guarda una relación crítica con el poder. Alma Guillermoprieto, Elena Poniatowska, Pedro Lemebel, Carlos Monsiváis, representan los contornos más intensos del género y son (aunque aquí se simplifica, y se omiten muchos nombres) los referentes más reiterados. En algunos de ellos, el periodismo sirve de soporte a una acción en los medios y comprometida; en otros la acrobacia del lenguaje es lo que sostiene una siempre nueva polémica en torno a los valores sociales establecidos. Muchos de ellos escriben o escribieron crónica “a contrapelo” –precisamente haciendo del género un sostén elástico para sus propias inquisiciones.

Es a la hora de abordar críticamente el género cuando se crean genealogías sospechosas, más allá de lo que dicen o cómo se posicionan autores como Monsiváis, Lemebel o Poniatowska. La crónica, se dice, ya estaba en Bernal Díaz del Castillo o en el Inca Garcilaso de la Vega. Pero si se trata de encontrar paralelos en el pasado, hay que recordar precisamente el gesto de ruptura que esos textos representaron dentro de una realidad codificada, o que lo estaba siendo. Garcilaso desmonta su caso legal contra el imperio como reclamación, en sus *Comentarios reales*; Bernal Díaz se siente fuera. Como gesto análogo, o como recuerdo de ese gesto, esta antología se compone de seres que están fuera de todo este entramado, y deliberadamente con materiales que